



SANCTI



Santa Teresa de Jesús

Tres Cantos

SANCTI

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS
ARCHIDIÓCESIS DE MADRID
(15 DE ENERO DE 2023)**

INTRODUCCIÓN

Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os pido que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados (Ef 4, 1). No es una petición cualquiera. San Pablo, testigo de Cristo, ha sido capaz de abrazar todas las consecuencias que tiene mantenerse fiel e íntegro a lo que vivió en el camino de Damasco, aunque esto suponga para él pasar por la difícil situación de verse en la cárcel.

Como san Pablo, han sido muchos los que a lo largo de la historia han vivido la fe con esta radicalidad, y son muchos los que en nuestros días viven de esta manera. Cierta vez escuché a un cristiano de Belén decir que quisiera gritar a los cristianos europeos que nuestra mediocridad es un desprecio a su fidelidad.

Quienes hemos recibido el bautismo tenemos una vocación y una meta bien definidas. ¿Nuestra vocación? Vivir constantemente a la altura del don que hemos recibido: el Espíritu Santo que nos ha hecho hijos de Dios. ¿Nuestra meta? Ser dignos de ser recibidos en el cielo como nuestra patria. ¿Y cuál es el camino? La santidad.

CRISTIANOS EN CAMINO

Merece la pena tomar conciencia de la santidad como una vocación intrínseca a mi fe. Pero cuando uno mira su pobreza, su torpeza, su infidelidad, su fragilidad... o cuando contemplamos la vida heroica y extraordinaria de algunos de esos ingentes testigos que nos han precedido en este camino, es fácil caer en la tentación de pensar que el asunto de la santidad no está diseñado para mí.

Pero hay una palabra que no se nos puede escapar: la santidad es un camino. Lo importante para nosotros es querer recorrer el camino, sin desfallecer, sin desanimarnos. Y para ello hemos recibido la fuerza del Espíritu en el día de nuestro bautismo. Este Espíritu nos alumbra en el camino para que podamos distinguir cuáles son las llamadas de Dios y cuáles son las llamadas del mundo. En multitud de ocasiones nos encontraremos frente a dos caminos, y tendremos que elegir. Una elección que da vértigo, que no siempre es fácil distinguir cuál es la que más coincide con la voluntad de Dios. Una elección que no siempre es entre pecado y gracia, sino que a veces es entre dos cosas que parecen buenas. Una elección que no se puede eludir, porque para vivir avanzando en el camino tenemos que tomar decisiones. Estas decisiones nos van configurando en nuestro modo de pensar, en nuestro modo de hablar,

en nuestro modo de actuar, en nuestro modo de ser. Y esa configuración nos va dando una forma.

Si pensamos en el barro cuando todavía está húmedo y es maleable, el alfarero tiene la oportunidad de plasmar con sus dedos la imagen que tiene en su corazón. Pero si el barro pierde la humedad, se seca y se hace rígido, el alfarero tan solo puede pasar el dedo sobre él, pero su forma e imagen no cambiarán en absoluto. El barro necesita recuperar la gracia para poder volver a abandonarse en manos del alfarero. Esta imagen, tomada del profeta Jeremías, nos hace vernos a nosotros mismos como ese barro que está siendo formado por un Dios alfarero. La decisión del alfarero sabemos cuál es: darnos la forma, imagen y semejanza que ha pensado por amor a nosotros. Y sabemos que va a hacer todo lo posible por que sea así. La decisión del barro es la de dejarse hacer, acoger la humedad que el alfarero derrama sobre él -esto es, la gracia que derrama en nuestras vidas- y aprender a querer lo que Él quiere, con un total abandono a su voluntad.

Y en esto consiste el camino: no se trata de no pecar ni fallar, se trata de dejarse hacer para que nuestra voluntad aprenda a querer lo mismo que Dios quiere.

UN CAMINO PEDREGOSO

Por ser un camino de aprendizaje, sabemos que no siempre lo recorreremos bien. Pero es muy importante conocer las dificultades para poder luchar contra ellas. De otro modo, seríamos como ciegos en el camino que a cada tropiezo vuelven a desorientarse y pierden el horizonte de su meta y destino.

Una primera piedra con la que nos podemos encontrar es un racionalismo exacerbado. Pensar que con complicados razonamientos lógicos podemos explicar toda la realidad. O pensar que tan sólo podemos tener certeza de lo que se experimenta empíricamente, y el resto son supersticiones irracionales que no merecen la pena. O pensar que con repetir de memoria lo que he aprendido en catequesis sin saltarme una coma basta para ser santo. Esto es una grave distorsión: pone el foco sobre mis capacidades, olvidando que este movimiento mental no llega a calar en mi forma de vivir.

Una segunda piedra con la que nos podemos encontrar es un sentimentalismo desorbitado. Solo es real aquello que siento, y si no lo siento, no existe. Solo es verdad lo que me produce sentimientos bonitos y agradables, lo que me cuesta o me hace sufrir es mejor no prestarle atención. Solo es posible aquello que se experimenta en primera persona, porque si no lo puedo vivir, tampoco lo puedo creer. Esto es otra grave dis-

torsión: pone el foco sobre una dimensión tan voluble y cambiante, sin apoyos firmes, que no puede ayudarme a dar pasos seguros en mi vida.

Todavía nos podemos encontrar con una tercera piedra que es la del voluntarismo individualista. El engaño aquí consiste en pensar que yo lo puedo todo tan solo si me lo propongo. Sí. Efectivamente. Un poquito *Mister Wonderful*. Pues eso no es cristiano. Además, suele acabar en la frustración y, consecuentemente, el abandono. Pensar que solo con mi voluntad puedo acabar con el pecado en mi vida. O pensar que solo si me lo propongo puedo ser fiel a una vida de oración. O pensar que con proponérmelo puedo alcanzar la santidad y la salvación. Esto es un gravísimo engaño: pone de nuevo el foco sobre mi persona, dejando poco hueco a que actúe la gracia de Dios.

Hay una última piedra con la que tropezar, que es la de absentismo pasivo. Aquí se encuentran quienes deciden confiar tan solo en la gracia de Dios, sin hacer nada por su parte. Son como los que se tumban en el sofá con los apuntes esperando que solo con mirarlos se introduzcan en su cabeza por arte de infusión. Creen que como Dios lo sabe todo y lo puede todo no necesitan poner nada de su parte, simplemente se pasan la vida esperando a que Dios obre el milagro cuando él quiera, porque por mucho que hagan no pueden acelerar el proceso de Dios. Este último engaño suele ser

muy sutil y hace que el cristiano esté ausente de su vida espiritual. Sin esfuerzo, sin lucha. Se conforman con intentar leer los signos que Dios hace. Esta última distorsión pone el foco solo en la obra de Dios, como si no pudiésemos hacer nada por nuestra parte. Y todo termina en el frío, la soledad, el vacío y el eco. Acaban viviendo buscando a Dios en todas partes y sintiendo que Dios está lejos y no se ocupa de sus asuntos.

Nos podemos encontrar con más piedras por el camino. Pero con estas cuatro, por el momento, es suficiente. Sobretudo porque nunca hay ningún alma que tropiece solo en una de las piedras. A veces nos tropezamos en unas, a veces en otras, a veces en varias a la vez. En unos aspectos de nuestro camino de santidad tropezamos en un lugar, en otros aspectos tropezamos en otro. Lo que es prácticamente seguro es que, sin buscarlo, vamos a tropezar.

LA AMISTAD Y LA IMITACIÓN DE CRISTO

Ya hemos tomado conciencia de que esto de la santidad es un camino que hay que recorrer. Y sabemos también que en el camino es muy posible que no todo ni siempre nos salga bien a la primera ni constantemente. Pero, ¿podemos saber ya cómo recorrer el camino mejor?, ¿podemos tener alguien a quien mirar para recorrer este camino?

Pues sí. Y no es alguien cualquiera: es Jesucristo.

Dios nos ha llamado a vivir con él en el cielo participando de su misma vida. Pero ya en el Evangelio el apóstol Tomás le preguntó: *Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?* Y Cristo le respondió: *Yo soy el camino y la verdad y la vida.*

La vida en el cielo es Cristo. El camino al cielo es Cristo. La verdad de nuestras vidas es Cristo. Y él se ha hecho carne, ha habitado entre nosotros, y ha recorrido el camino, el primero de todos, para que le podamos seguir y podamos pisar sus huellas.

Por eso, para ir al cielo, lo primero que debemos cultivar es la amistad con Cristo. Él mismo es quien nos ha dicho que ya *no nos llama siervos* sino que nos llama *amigos, porque todo lo que me ha dado el Padre os lo he dado a conocer*. Por lo tanto, el primer rasgo de esta amistad es conocer lo que Jesús nos quiere decir. El trato asiduo con la Palabra de Dios, la contemplación de las palabras de Cristo en el Evangelio, la lectura asidua y completa de lo que nos ha transmitido. Una amistad surge muchas veces de la escucha, pero, ¿cómo seremos amigos de Jesús si él quiere hablarnos y nosotros no dedicamos tiempo a escucharle?

Además de hablar, el mismo Cristo tuvo una vida llena de obras, de silencios, de descansos. A los que llamó fueron invitados a estar con él, y fueron testigos de cómo Jesús vivía su soledad, su relación con el Pa-

dre, la amistad con los discípulos, la caridad con los necesitados, la entrega a los pobres, la mansedumbre en los momentos de dolor y sufrimiento, el grito por la justicia y la paz, la mirada a todas las personas... En definitiva: vieron que aquel discurso de las bienaventuranzas se hacía vida en su modo de estar entre los hombres. Y esos detalles son también importante contemplarlos, meditarlos, interiorizarlos. Imaginar cómo sería su tono de voz, su modo de tocar, su postura en la oración no es tiempo perdido: es tiempo para contemplar al Maestro. Y aquí también estamos cultivando la amistad, puesto que cuanto más conoces a un amigo, más eres capaz de saber lo que quiere decir con un solo gesto o una sencilla mirada.

Ambas dimensiones no se pueden separar: sus gestos y sus palabras están intrínsecamente unidos. Las palabras de Jesús son confirmadas en sus obras. Las obras de Jesús dan credibilidad a sus palabras. Necesitamos de las dos dimensiones para poder crecer en esta amistad.

Cuando esta amistad va surgiendo y se va cultivando, nos permite dar un segundo e importantísimo paso: la imitación. ¿Podemos imitar a Cristo? ¡Podemos! ¿Podemos imaginar qué haría Cristo en nuestro lugar? ¡Podemos! ¿Podemos experimentar que mi vida se puede ir poco a poco a la de Cristo? ¡Podemos! Porque pensar en nuestras elecciones cuál sería la elección de

Cristo nos irá ayudando a recorrer el camino y a configurararnos cada vez más con él. Cristo siempre buscó la voluntad del Padre y a nosotros nos ha enseñado a hacer y querer lo mismo: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo*. Es posible en esta tierra cumplir la voluntad del Padre.

UN COMBATE YA VENCIDO

No somos los primeros en querer ser santos. Ni somos los primeros en experimentar este combate. Tampoco somos los primeros en tropezar por el camino. Son muchos los cristianos que nos han precedido y que sabemos que ya viven en el cielo contemplando la belleza del rostro de Dios cara a cara. Ellos son los santos. Algunos son conocidos y reconocidos. Otros seguramente les conoceremos si algún día nosotros formamos parte de ese coro de santos que alaban a Dios eternamente. Pero lo que es seguro es que quienes ya habitan con él han vivido las mismas dificultades que puedo experimentar yo. Han luchado. Y Cristo ha vencido en ellos.

Las vidas de los santos son como ese surco que aparece en medio del monte y que nos hace saber que ya otros han pisado esa misma tierra y han dejado huella. Seguir por un sendero ya andado es avanzar hacia un destino ya alcanzado. También les podemos comparar con las estrellas del cielo, que nos ayudan con su brillo

a orientarnos y comprobar si avanzamos en la buena dirección.

Los santos no son el modelo, pero sí son ejemplo para que nosotros podamos buscar la voluntad de Dios como ellos la buscaron, luchar el combate como ellos lo lucharon, y dejarse hacer por Dios como ellos se dejaron. Leer vidas o escritos de santos no es una pérdida de tiempo sino una inversión eficaz para apoyarnos en ellos y en su intercesión y así avanzar por el camino de la santidad.

ETERNAS NOVEDADES

Bien. Pero, ¿merece la pena ser santo?, ¿merece la pena ir al cielo?, ¿y qué es lo que vamos a hacer allí toda la eternidad?

Mucha información no podemos tener, porque todavía no nos ha llegado el día. Pero sí que podemos saber que Dios, *que hace nuevas todas las cosas*, nos va a convocar para que allí, una vez vencido el combate, podamos descansar en su paz, disfrutar de la belleza de su rostro, vivir eternas novedades en él, cantar sus maravillas y misericordias, y degustar *un festín de manjares suculentos y vinos de solera*.

Quien ha cultivado en su vida la amistad con Cristo, sólo puedo querer vivir la eternidad en Cristo: *vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero*.

RECONOCER

❖ Podemos empezar compartiendo con los demás cuál es la visión que yo tengo de la santidad: si es algo atractivo, si es algo que deseo, si es algo lejano, si nunca me lo había planteado...

❖ Además, también podemos compartir las dificultades concretas que yo tengo para vivir la santidad: las piedras en las que tropiezo, las frustraciones que me hacen no seguir, los combates que he dejado de luchar...

❖ También puedo compartir cómo estoy cultivando mi amistad con Cristo y cómo intento vivir imitando a Cristo. ¿De qué manera me ayuda la amistad con Cristo a mi vida cotidiana? ¿Alguna vez me he preguntado qué haría Cristo en mi lugar y he tomado una decisión que ni yo mismo me esperaba?

❖ Si hay algún santo con el que tenga una relación especial o le tenga una devoción particular, puedo compartir de qué forma su vida me estimula a vivir mi vida buscando la santidad.

❖ Por último, también puedo compartir si alguna vez me he imaginado cómo sería la vida en el cielo y si esta vida me parece tan deseable y amable que me ha hecho vivir buscando la santidad para participar de esa vida divina.

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

- ❖ **Deuteronomio 30, 15-20:** Los dos caminos
- ❖ **Isaías 25, 6-12:** Aquí está nuestro Dios
- ❖ **Isaías 35:** Fortaleced las manos débiles
- ❖ **Jeremías 18, 1-6:** El taller del alfarero
- ❖ **Salmo 50 (49):** Al que sigue el buen camino
- ❖ **Mateo 5, 14-16:** Vosotros sois la luz del mundo
- ❖ **Mateo 5, 37-48:** Sed perfectos
- ❖ **Romanos 6:** El don de Dios es la vida eterna
- ❖ **Romanos 12:** Vuestro culto espiritual
- ❖ **Filipenses 2, 1-18:** Con los sentimientos de Cristo
- ❖ **1 Tesalonicenses 4, 3-12:** Llamados a vida santa
- ❖ **1 Pedro 1, 3-25:** Sed santos en vuestra conducta

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

- ❖ **Gaudete et Exultate 3-34:** Llamados a la santidad
- ❖ **Gaudete et Exultate 36-62:** Enemigos de santidad
- ❖ **Gaudete et Exultate 65-109:** A la luz del Maestro
- ❖ **Gaudete et Exultate 112-157:** Santidad hoy
- ❖ **Gaudete et Exultate 159-177:** El combate

ELEGIR

Como siempre, llega el momento de transformar nuestra vida. Y cada uno se tiene que sentar en oración para, a la luz de Dios, preguntar: ¿qué quieres de mí? Y entonces decidir un compromiso que yo pueda adquirir de forma individual y que me ayude a crecer en santidad: ya sea avanzar en mi oración personal, en mi amistad con Cristo, en la imitación de Cristo... y sea poner más vigilancia en algún tropiezo, en alguna fragilidad... ya sea buscar ayuda para poder desear la santidad...

Por otro lado, siempre es bueno tener un compromiso de grupo. Quizá sea buena idea que cada uno elija un santo, que se prepare una breve presentación, y que un día en el grupo lo dediquemos a compartir quiénes son nuestros santos y de qué forma nos ayudan y estimulan en nuestro camino personal de santidad. Otra idea sería profundizar en una adoración en la santidad y preguntarle al Señor juntos qué quiere de nosotros... o cualquier otra propuesta que se os ocurra

GLORIA DE LOS SANTOS

CORRADO GIACINTO, 1755-1756



En el centro de la composición, **Moisés**, en pie sobre nubes, señala al cielo de donde salen rayos de luz. Debajo de él, **Abraham** e **Isaac** y el cordero que le reemplaza en el sacrificio. En la izquierda de la composición, San Lorenzo y **San Esteban** con unos ángeles que traen la palma del martirio y, en la parte derecha, las mujeres fuertes de la **Biblia** y el **rey David**.

Esta composición pertenece a la serie de bocetos para la cúpula de la capilla del **Palacio Real**. Inventariado en la sacristía de Palacio con sus compañeros y tasado con ellos en cuatro mil reales en 1789. Ponz y Ceán lo llegaron a ver allí antes de que en 1818 ingresara en el **Prado**, figurando en el inventario de 1849 con el número 1842 y permaneciendo en el Museo con diversos títulos; *Asunto teológico* (1872), **San Esteban en gloria** y **San Lorenzo en gloria** hasta 1985 en que se cataloga bajo el título de *Gloria de Santos*.